

replicó Herminia, si ántes no os tomáis la molestia de decirme su nombre.

—No os entiendo, dijo Lord Walbrook, teniendo un sombrero en cada mano.

—En el suceso de anoche hay una parte muy importante, que todos ignoran y que vos solo debéis saber.

—Contádmela, murmuró Lord Walbrook, juntando los sombreros y comparándolos.

—No me corresponde á mí ese relato. Entrad en mi ropero y presentadme á la persona que en él encontraréis, porque no la conozco.

Los dos sombreros se cayeron de las manos de Lord Walbrook. Dió un paso hácia la puerta del ropero, y ésta se abrió, saliendo por ella Lanuza.

—Milord, exclamó éste; he salvado su vida de las manos alevosas de un asesino; á vos os toca salvar su nombre de los feroces dientes de la maledicencia y de la calnmnia.

Pronunció Miguel estas palabras con semblante pálido y voz trémula, miéntras Herminia sonreía, y Lord Walbrook contemplaba á uno y á otro con mirada atónita.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO III.

Ni amante ni cómplice.

Justo será que respiremos por algunos momentos el aire libre, dando aunque no sea más que una vuelta por la Fuente Castellana. Casualmente hace una tarde hermosa y brilla el sol con verdadera majestad, semejante á un boton de oro prendido al manto azul de los cielos.

No nos ofrece la naturaleza por esta parte de Madrid grandes distracciones, ni por los accidentes del terreno, ni por la variedad de las vegetaciones; pero en desquite acude todas las tardes á este largo paseo la flor y nata de la sociedad madrileña, á pié, á caballo y en coche. Y llegamos á tiempo para tomar parte en la general sorpresa de que parecen poseidos los ánimos de los que

andan á pié, de los que galopan á caballo y de los que trotan en coche.

Dos de los primeros detienen á un jinete que hace piafar aiosamente á su caballo al estribo de una ligera carretela; prestemos atencion y oigamos.

Los de á pié preguntan :

— ¿Quién es?.....

El que está á caballo contesta :

— No se sabe.

Tan terminante respuesta no satisface, por lo visto, la curiosidad de los de á pié, y van sin duda á dirigirle una nueva pregunta; pero ó el jinete no es muy diestro ó el caballo no es muy dócil, y ántes que la nueva pregunta salga de los labios de los curiosos, jinete y caballo desaparecen entre el ordenado tropel de caballos que vienen y van y de coches que van y vienen.

Más adelante tropezamos en un corro formado por uno de esos encuentros tan frecuentes en los paseos y en las calles. En él se habla, al parecer, del mismo asunto, y las reglas de la más severa cortesía no nos impiden detener el paso y meter el oído en la

conversacion que, digámoslo así, tienen entre manos.

Uno dice :

— Este Madrid es muy singular, todo le llama la atencion, la cosa más insignificante lo pára y lo deja con la boca abierta. Es un pueblo de espectadores, sediento siempre de novedades. Todo espectáculo tiene aquí público. Vamos, confesémoslo ingenuamente, Madrid es una mina para los *saltimbanquis* y para los charlatanes.

Otro añade :

— No se admire V., el vulgo es el mismo en todas partes.

Un tercero toma parte en el diálogo diciendo :

— Pues observen ustedes que no es el vulgo el que en esta ocasion se deja seducir por la novedad. Vean ustedes, lo más brillante de la sociedad está aquí, y ella es la que ha tomado el asunto por su cuenta. Reparen ustedes cómo la criolla llama al Vizconde, cómo hablan. De seguro le está dando la órden de averiguarlo todo con pelos y señales. El Vizconde debe estar en sus glo-

rias, porque es el *corre-ve-y-dile* de los salones más activo que conozco. ¡Eh..... cómo galopa!..... allá va de coche en coche, como mariposa de flor en flor. ¿De quién será el caballo que monta?

—En efecto, replicó el segundo, no es el vulgo, lo que generalmente se llama vulgo, el que forma esta tarde el público del espectáculo, que tiene en movimiento tantas lenguas y en espectación tantos ojos, y eso significa que el vulgo es toda multitud en el mero hecho de ser muchedumbre.

—No saquemos las cosas de quicio, añadió otro de los circunstantes, que hasta entonces había permanecido con los oídos abiertos y la boca cerrada. Distingamos. Es cierto que el vulgo se encuentra en todas partes, que también el vulgo se perfuma, se viste de seda y pasea en coche; pero convingamos al mismo tiempo en que es bien natural la expectación que presenciamos. No es ciertamente una cosa extraordinaria, nunca vista, y sin embargo es muy notable. Debía producir efecto, y lo ha producido. Se hablará dos días del asunto y al tercero se

hablará de otra cosa; ello es que es preciso hablar de algo. Los periódicos se caen de las manos, llevamos seis sesiones, pásmense ustedes, tres en el Congreso y tres en el Senado, sin que haya ocurrido ningún incidente dramático; los demás teatros están muertos; no hay ningún escándalo nuevo que nos entretenga, ningún crimen original que nos sorprenda, los desafíos ya no ofrecen novedad ninguna, los suicidios están gastados, nadie da que decir. ¿Hemos de aburrirnos? La berlina misteriosa nos ha proporcionado asunto para algunos días, pero ya estaba agotado, y esto nos ha venido de molde.

Pronunciando las últimas palabras hace una graciosa cortesía, gira militarmente sobre el talón izquierdo, y se aleja con aire triunfante, seguro de que lo que acaba de decir no tiene vuelta de hoja.

Los circunstantes se rien y el corro se deshace.

No hemos sacado nada en limpio de estas conversaciones, cogidas al vuelo. Mas he aquí que alcanzamos á oír otra entablada entre una madre y una hija, detras de las

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

que marcha pausadamente un lacayo vestido de flamante librea.

Detras del lacayo vamos nosotros, recorriendo el diálogo siguiente :

— Mamá, es inglesa.

— No, hija mía.

— Sí, no tengas duda.

— ¿En qué lo has conocido?

— Vaya, en que es rubia.

— No importa; debe ser francesa.

— ¿Por qué?

— Porque habla en frances como un papagayo. La he oido al pasar junto á nosotras ántes de que dejáramos el coche.

— ¿Y qué decia?

— *N'est pas possible.*

— Ah, entónces será francesa.

Fácilmente podemos colegir por la reunion de datos que hemos adquirido, que se trataba de una mujer desconocida, muy notable, que podia ser inglesa, porque era rubia, y francesa, porque hablaba en frances.

Siguiendo adelante encontramos una disputa, en la que cuatro esperanzas de la patria, esto es, cuatro jóvenes casi imberbes,

pertenecientes á esa brillante juventud que charla en los cafés, juega en los casinos, baila en los salones, entra y sale en los teatros; que adelantándose á la gloria de sus futuros destinos, suele emplear su incansable ocio dando muestras de su espíritu varonil en famosas corridas de novillos; sostienen con caloroso empeño cuatro distintos pareceres.

Hablan á la vez, quitándose unos á otros la palabra de la boca. Hé aquí lo que oímos :

— Indudablemente es su hija.

— Imposible; es su mujer.

— Ni una cosa ni otra, porque no es casado.

— ¿Qué es entónces?

— Su sobrina.

— Sois imbéciles. No es ni su hija, ni su mujer, ni su sobrina; es pura y simplemente su querida.

— Un almuerzo á que es su hija.

— Una comida á que es su mujer.

— A Enriqueta, que tanto os gusta, me la apuesto á que es su sobrina.

— Pongo la cabeza á que es su querida.

En los coches la conversacion gira sobre el mismo tema.

El Vizconde apacigua el galope de su caballo, se acerca al landó de la criolla y dice:

— ¡Es una jóven soberanamente hermosa!

Acompaña á las señoras de Vegahonda César, que deja caer diplomáticamente estas palabras:

— ¡Bah!..... No tanto.

— ¡Oh! sí, exclama el Vizconde. Todos convienen en que posee una belleza deslumbradora.

— Efecto pasajero de la novedad, replica el diplomático.

— Y bien, dice Mercedes mirando á César con marcada benevolencia, y dirigiendo desdeñosamente sus palabras al Vizconde. Que parece hermosa, ya lo sabemos, que debe ser muy jóven, no se nos oculta, puesto que hemos tenido ocasion de verla á poca distancia; pero, Vizconde, por lo visto ha perdido V. la cabeza. De su hermosura estamos enterados. ¿Es eso todo lo que viene á comunicarnos?

Estas palabras retratan á la vez la satis-

faccion en el rostro de César y en el rostro del Vizconde, porque el primero ha recogido en la benévola mirada de Mercedes el premio de su hábil lisonja, y el segundo conoce en las desdeñosas frases de la criolla que ha herido su vanidad de mujer. Ambos buscan una entrada en aquel corazon sombrío, y cada uno llama á distinta puerta; el diplomático apela á la adulacion, el Vizconde á los celos. ¿Cuál de estos caminos conduce más pronto al corazon de las mujeres vulgares? Hé aquí una cosa que no se sabe á punto fijo, porque todavía no se ha hecho la estadística de las incautas hermosuras á quienes ha extraviado la lisonja y ha perdido la envidia.

El Vizconde hace botar á su caballo, que trota pegado al estribo del landó, y dice:

— He corrido de un extremo á otro escudriñando en los semblantes y en las conversaciones la impresion que causa, y puedo asegurar á ustedes que el efecto es completo. Se lleva en pos de sí todas las miradas, y no se habla de otra cosa. Hasta el General, para quien saben ustedes que no hay más mujer

en el mundo que la Marquesa, está admirado. De lo demas no se sabe todavía una palabra; se hacen várias conjeturas, pero con seguridad nada puede decirse. Es un gran éxito. Despues de la curiosidad producida por la berlina misteriosa, esta especie de presentacion es un golpe maestro, un verdadero suceso, un.....

César lo interrumpió diciendo :

— Está V. desgraciado, querido Vizconde; veo que esta tarde lo abandona á V. su constante fortuna. Lo encuentro á V. inferior á sí mismo; parece mentira que no haya usted podido averiguar nada.

— Sin duda, añadió Mercedes, cree que averiguado el secreto de su rara hermosura, lo demas se da por sabido. ¿No es esto, Vizconde?

— Tal vez, señora, contesta éste; porque es indudable que desde hoy va á ser la mujer de moda; su presencia será apetecida, su amistad solicitada, y todos nos disputaremos sus obsequios. ¡Ah! la Marquesa ha sabido retirarse á tiempo, porque si no, ahora se habria visto eclipsada.

— Me parece, advierte César, que sea el que quiera el efecto que por de pronto hay a producido su teatral aparicion, la buena sociedad no abrirá tan fácilmente sus salones á una mujer desconocida, cuya misteriosa existencia puede dar ocasion á conceptos equívocos.

El Vizconde replica :

— Me sorprende la observacion, señor diplomático, y creo firmemente que sólo á V. le ha ocurrido. Aseguro que nadie ha pensado en semejante cosa.

En esto la criolla, que dirige inquietas miradas y frecuentes saludos á una y otra parte, no pudiendo contenerse, grita de pronto:

— Aquí viene.

En efecto, se adelantan al paso entre dos filas de coches, que marchan en direccion opuesta, dos hermosos caballos de lo más puro de la raza inglesa. Sobre uno de ellos monta con firmeza, pero sin gracia, la impassible persona del Lord Walbrook, cuyo rostro inalterable, de una blancura verdaderamente aristocrática, se destaca entre dos patillas severamente británicas, de un rubio

pálido; el sombrero, algo echado hacia atrás, parece que pretende dar á su fisonomía cierta audacia, la audacia cómica del calavera; pero al mismo tiempo la natural gravedad que respira toda su persona inspira respeto. Pasea por la multitud las miradas tranquilas de sus ojos grises, sin desden y sin admiración, esto es, con completa indiferencia; ve, pero no mira.

En el otro caballo monta Herminia con graciosa destreza. Sobre sus hombros caen en rica profusión rizos rubios y brillantes como el oro, y se destaca su semblante vivamente acentuado bajo la sombra que proyecta en su frente el ala del sombrero; la mirada apacible, las mejillas sonrosadas y la boca risueña; no parece sorprendida ni satisfecha del efecto que causa; no se advierte en ella ni gratitud ni envanecimiento; ni solicita la admiración que le tributan, ni la rechaza. En sus movimientos y en sus ademanes resplandece esa naturalidad, siempre agradable, con que las mujeres verdaderamente modestas realzan, sin pretenderlo, el atractivo de sus encantos. Cualquiera dirá

que ignora el poder de su hermosura, ó que es indiferente á su triunfo, ó que es superior á su belleza. Esta circunstancia cautiva los ánimos y se la admira al mismo tiempo que se la estima.

Si es una perfección de su alma, confesemos que es su perfección más envidiable; si, por el contrario, es el refinamiento de una coquetería exquisita, convengamos en que es lo supremo del arte.

Mercedes no pestañea mirando á Herminia, la ve pasar, y vuelve la cabeza mordiendo los labios.

El Vizconde, cuyo caballo continúa trotando al estribo del landó, se inclina, y sonriendo dice:

— Me parece que no atestiguo con muertos.

— No se puede negar, añade el diplomático, que Lord Walbrook, á pesar de su seriedad inaccesible, es hombre de buen gusto. No obstante, me parece que está algo atrasado, pues las rubias han decaído mucho y en estos momentos no son de moda.

— Tanto mejor, añade el Vizconde ri-

yendo á carcajadas; de ese modo romperemos la rutina de la moda. Será curioso vernos en tropel adorar á una rubia cuando las morenas están á la órden del dia.

Mercedes interpone en el diálogo que vamos oyendo un golpe de tos repentino, que hace prorumpir á la señora de Vegahonda en estas palabras :

—Niña, mire, se ha constipado.

—No, contestó la criolla secamente. Y dirigiéndose á César le dice : Está V. haciendo una mala obra, señor diplomático, robando al Vizconde un tiempo precioso. Es un buen jinete y no debemos privarle del honor de añadirse á la escolta que sigue los pasos de Lord Walbrook. Vizconde, lo dispenso á V. de ser por más tiempo mi caballerizo.

Ambos rivales se miran con recíproca y burlona lástima, y de seguro darian un ojo de la cara por poderse guiñar el otro; pero esta seña mutua, sorprendida por la criolla, sería de malísimo gusto, y se contentan con restregarse mentalmente las manos, satisfechos á la vez de las palabras de Mercedes; porque en ellas ve el diplomático una desde-

ñosa y terminante despedida, mientras el Vizconde las toma en sentido contrario recibéndolas como una amarga queja; y he aquí de qué manera una misma mujer con unas mismas palabras puede á un mismo tiempo hacer igualmente felices á dos hombres.

El diplomático hace con la cabeza ademán de asentimiento, y añade :

—Reconozco la oportunidad de la advertencia.

—Sí, exclama el Vizconde, que sin duda se había propuesto dominar por el terror, esto es, entrar á sangre y fuego en el corazón de la opulenta criolla; la advertencia no deja de ser oportuna y la agradezco, porque recibo en ella una prueba de interés que no todos han obtenido. Y sin embargo, como mi posición en este momento no deja á la vez de ofrecerme algún peligro, esa contingencia impone á mi vanidad de hombre el deber de no abandonarla. Permítame V., Mercedes, que continúe en mi punto.

Contempla César al Vizconde sin saber adónde van á parar sus palabras, y Merce-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

des lo mira tambien indecisa entre sonreírse ó enojarse; él continúa :

—Hay espadas terribles, que hieren mortalmente, de cuyos seguros golpes no siempre podemos evadirnos. Hay lances imprevisos, hay.....

Auméntase la habitual palidez de Mercedes y parece que frunce el entrecejo; César continúa en babilonia, y el Vizconde añade como dando otro giro á la conversacion :

—Vean ustedes quién viene hácia acá.

La criolla no hace movimiento alguno de curiosidad; indiferencia sospechosa, de la que puede colegirse que ha visto ántes que el Vizconde á la persona que se acerca. César vuelve la cabeza, tiende la vista y exclama :

—¡Ah! sí, es Lanuza.

Casi al mismo tiempo exclama á su vez el Vizconde :

—¡Soberbio animal!

Bel-Khrer adelanta piafando, y el hábil jinete que lo maneja pasa por delante del landó sin tener para la orgullosa criolla ni un saludo, ni una sonrisa, ni siquiera una mirada.

—No nos ha visto, dice César.

—Pues hay, añade el Vizconde, bastantes motivos para creer que no es ciego.

Mercedes con la cabeza baja y la boca ligeramente contraída repasa una á una las varillas de su abanico. César replica :

—Sin duda..... pero hace mucho tiempo que anda retraído; frecuenta poco los sitios públicos.

—Sí, añade el Vizconde; desde la muerte del Duque es otro hombre, convenido; mas no encuentro razon para que deje de saludar á sus antiguos amigos. Yo, por mi parte, no formo queja; respeto en ese punto hasta las distracciones más inexplicables; y no hablo por mí, hablo por estas señoras, á quienes Lanuza debe muchas distinciones. Es verdad que un triste acontecimiento se interpone; que al fin y al cabo hay por medio un cadáver; pero el tiempo cicatriza hasta las heridas mortales; pronto hará un año que ocurrió la catástrofe, ya ¿quién se acuerda de ella?..... y en verdad, un saludo respetuoso nadie lo niega ni á nadie se le rechaza.

Cierra de golpe la criolla su abanico y pregunta:

—¿Cree V. que nos ha conocido?

César se apresuró á contestar, diciendo:

—No debe creerse.

—Yo creo que sí, añade el Vizconde con cruel ligereza; no es posible pasar á las cuatro de la tarde á dos varas de distancia del landó de las señoras de Vegahonda y no conocerlas. Y aún suponiéndolo así, da lo mismo, porque claro está que ha debido conocerlas.

César está en sus glorias oyendo al Vizconde, porque advierte que de los ojos de Mercedes salen rayos y centellas. La lengua indiscreta, imprudente, anti-diplomática del Vizconde acaba de darle un golpe tremendo á Lanuza en el corazón de la criolla. Ésta dice:

—De todas maneras no veo motivo formal de resentimiento.

—Por supuesto, exclama el diplomático. El hecho es excusable aún admitido como el Vizconde lo pinta. ¿Por qué no hemos de creer que ha eludido el saludo por evitarse un desaire?

El Vizconde se rie, diciendo:

—La diplomacia es terrible. Por excusar la conducta de Lanuza, lo llevan á V. sus bondadosas intenciones hasta el punto de suponer que Mercedes hubiera incurrido en la vulgaridad de negarle su saludo. Hé ahí una cosa que yo no creo.

La criolla replica:

—No me parece que es asunto de precisa urbanidad corresponder á los saludos que no nos son agradables.

—Es posible, contesta el Vizconde; pero esos desaires son de muy mal gusto.

Da el landó la vuelta por el recinto de la Fuente Castellana, y el Vizconde, dando frente á la larga extension del paseo, distingue á lo léjos á Lord Walbrook y á Herminia.

—¡Hola! exclama. Ya tenemos aquí otra vez al impermeable inglés y á su bella pareja. Calle..... y esta vez no vienen solos. Es curioso esto. Ella va en medio, á su izquierda el impasible Lord y á su derecha..... pásense ustedes.

—¿El embajador inglés? preguntó César.

—No, contesta el Vizconde. A su derecha van el arrogante *Bel-Khrer* y el afortunado Lanuza.

Hace la criolla un movimiento repentino como si fuera á lanzarse fuera del coche, pero lo reprime, dejándose caer sobre los almohadones.

Llegan los tres personajes citados por el Vizconde y pasan como tres flechas, llevándose en pos las miradas de la concurrencia. Marchan al gran trote, y *Bel-Khrer* reprime el ímpetu de sus airosos movimientos para no estampar sus cascos duros y negros más allá de donde los pone el caballo que monta Herminia. La diestra mano que lo guía lo obliga á sostenerse sobre las piernas firmes y elásticas como el acero siempre que va á revasar la línea. Sus narices, rasgadas como la boca del leon, se dilatan ansiosas, como si todo el aire de la atmósfera no fuera bastante á llenar los ardientes pulmones que respiran dentro de las anchuras de su pecho.

Entre tanto, sus dos compañeros trotan, digámoslo así, unísonos, con toda la formalidad propia de la raza inglesa. Lord Wal-

brook detiene de vez en cuando su caballo, quedándose á la espalda para ver marchar á *Bel-Khrer*, que parece loco de contento.

Cuando el jinete es hábil y el caballo dócil, el caballo no es más que la continuacion del jinete. *Bel-Khrer* expresa sin duda la arrogancia y la alegría que Miguel siente.

El genio, el heroísmo, el talento y la hermosura con que suele resplandecer el género humano tienen muchas veces que partir la celebridad con la destreza del primer saltimbanquis que se presenta, con la audacia del último prestidigitador; hoy con las pulgas industriosas, mañana con un elefante prodigioso, más tarde con un mono sabio. Esta vez Herminia y *Bel-Khrer* se disputan la admiracion, y ambos á la vez lo consiguen.

Al verlos pasar resuenan dos exclamaciones.

Unos dicen :

—¡Qué mujer!

Otros :

—¡Qué caballo!

Mercedes ve á Herminia y á Lanuza cruzar fugitivos por delante del landó, resplan-

decientes de juventud y de hermosura, unidos, inclinados el uno hácia el otro; los ve mirarse, sonreirse y hasta amarse; oye las palabras que sus labios pronuncian al pasar, y los ve huir en dichosa, en triunfal carrera. Lord Walbrook galopa junto á ellos sereno, imperturbable, rígido como una estatua ecuestre.

Hablan en frances, y la criolla ha oido estas palabras :

Ella. Olvidadme.

Él. Imposible.

Todo esto pasa como un torbellino, como un torbellino que deja en el corazon de Mercedes una angustia indecible.

El Vizconde con crueldad acerba remacha el clavo de su dolor, diciendo :

—Veo que no hay peligro en trotar al estribo del landó de las señoras de Vegahonda, y si me dan su permiso.....

Mercedes no lo deja concluir la frase y le dice :

—Puede V. retirarse.

El jóven saluda y se aleja al galope.

César canta interiormente su triunfo, pues-

to que se queda dueño del campo. Intenta varias conversaciones, que mueren al nacer; su voz no tiene eco. La señora de Vegahonda parece sorda, Mercedes parece muda, y el diplomático adopta al fin el partido de darse un punto en la boca.

Así pasan algunos minutos, hasta que al fin la criolla exclama :

—¡Oh, cómo me fastidio!

Comienza á disminuir la concurrencia, y Mercedes grita :

—A casa.

César repite la órden, y á los pocos segundos sube el landó majestuosamente por la carrera de San Jerónimo. Apenas se detiene al pié de la escalera, cuando Mercedes salta apresurada; sube, dejando á César el cuidado de acompañar á la señora de Vegahonda; entra en su cuarto, despide á las doncellas que la siguen, y arrojándose sobre su precioso escritorio, traza los siguientes renglones :

«Caballero :

»Posee V. cartas mias; ignoro el valor que usted les da, y sólo deseo saber si tengo derecho á reclamarlas.»

Estas breves líneas salen inmediatamente para su destino, y el emisario vuelve á la media hora con un billete cruelmente voluminoso.

Mercedes lo palpa ántes de abrirlo con mano trémula, rasga al fin el sobre y se encuentra con sus cartas, nada más que con sus cartas. Hay cuatro: las dos que conocemos, la que acaba de escribir y otra; aquella que puso en manos de Miguel por detras del cuadro histórico, en la que le descubria el verdadero motivo del viaje del Duque á París.

Sus menudos dientes rechinan, á sus ojos, encendidos por la cólera, no asoma ni una lágrima, y estrujando entre sus manos sus propias cartas, exclama con voz temblorosa:

— Ni amante ni cómplice.

CAPÍTULO IV.

El retrato.

El gabinete reservado de la Marquesa, acerca del que di una ligera idea en el segundo libro de la presente historia, ha experimentado notables transformaciones; al resplandor del lujo ha sucedido la claridad de la sencillez; la espléndida tapicería de rica seda y de brillantes colores ha dejado su puesto á modesta lana de suaves matices; los muebles, despojados de artificiosas molduras, corresponden dignamente á la humildad de la alfombra y de las cortinas; muestra, no obstante, con cierto orgullo el escritorio de palo santo y un pequeño estante de cedro, como preciosos restos de pasada opulencia. Sobre el escritorio se ve un precioso crucifijo de marfil, que ántes no habia; enfrente del